

EL DEUCALION

POEMA

DE DON ALONSO VERDUGO DE CASTILLA

CONDE DE TORREPALMA

La horrenda historia del undoso estrago,
Castigo universal del orbe entero,
Y de su acerbo fin terrible amago,
Repite; oh Musa! si al idioma ibero,
Si a la bética lira, si al halago
De mi sonante rima lisonjero,
Como inspirastes al cantor latino,
Grata concedes tu favor divino.

Y tú del numeroso Apolo, en tanto,
De Mercurio elocuente alto museo,
Suspende para oír mi humilde canto,
A la lira la acción ó al caduceo;
Perdone el fuego á la copela, en cuanto
Sobre el agua cruel pendiente veo
Tu piadosa atención, mientras conoces
Que escorias son de tu crisol mis voces.

EL DEUCALION,

POEMA

DE DON ALONSO VERDUGO DE CASTILLA,

CONDE DE TORREPALMA.

La horrenda historia del undoso estrago,
Castigo universal del orbe entero,
Y de su acerbo fin terrible amago,
Repite; oh Musa! si al idioma ibero,
Si a la bética lira, si al halago
De mi sonante rima lisonjero,
Como inspirastes al cantor latino,
Grata concedes tu favor divino.

»La fugitiva Astrea aun no ha librado
Su pura toga del audaz insulto,
Y á su etéreo solar se ha refugiado
Rehusando indignada el falso culto;
De la fe y la virtud acompañado
Se retira el honor del vulgo inculto,
Y el amor la fraterna sangre olvida,
Y en ella la inocencia huye temida.

«Si tanto se tolera, otro esta silla
Indigno ocupe, y este cetro grave
Rija con débil mano, al cual se humilla
Cuanto en el seno aun del futuro cabe;
El flaco imperio entonces sin mancilla,
La deidad vana de ultrajar acabe
El mundo; mas no á mi, en cuya clemencia
Pende su disoluble consistencia.

«Ann se vibra en mi mano el inflamado
Trisulco, á las maldades prometido,
Que al Pelion sobre el Osa levantado
La alta mole arruinar supo esgrimido;
Aun se oye á Licaon encarnizado
Vagar las selvas con nocturno aullido,
Y aun estremece el pardo Lilebeo
Cuando palpita exánime Tifeo.

«Ann hay, Júpiter, dioses; hoy os juro
Vengados; arda en fuego portentoso
El infimo orbe, cuyo vulgo impuro
La última pena pruebe criminoso.»
Tal diciendo, abre airado el limbo oscuro,
Que es sepulcro de Encélado nubloso,
Y los adustos ciclopes convoca
Al negro umbral de la tartárea boca.

Ya los fieros ministros fiera exhiben
La enorme llama, y en la fragua etnea
Inmenso yunque prontos aperciben,
Y el sonante martillo á la tarea.
Mas en su inalterable ley escriben
Los necesarios hados que aun no sea
Abrasada la tierra; muda intento,
E impera igual estrago á otro elemento.

Al vago reino del cerúleo hermano
La dominante horrenda voz convierte,
Y «oh tú! dice, del líquido Oceano
Grande moderador, mi acento advierte;
La forcejada rienda de la mano
Dura relaja á la cuadriga fuerte,
Deja esta vez tu reprimida saña
Correr libre por la arida campaña.»

Inspira el Jove undoso la sonante
Concha, y el eco vuelve repetido
Horrisóno el Triton aun más distante,
Ronco alentando el caracol torcido;
De las tormentas preságo, el nadante
Vulgo de los delphinés conmovido
Cruza nadando; el pescador se espanta,
Truena el polo, y el gofio se levanta.

Con torpe mano apenas abrir osa
Eolo la caverna de los vientos;
Huyen silbando de la gruta odiosa,
Y empañan las esferas sus alientos;
Vierte el astro su lluvia procelosa;
Arma Orion sus truenos trulentos;
Aun del aura, aun del céfiro las plumas
Perezosas ventilan negras brumas.

Muge el undoso toro levantadas
Las puntas de sus cuernos litorales;
Al repetido incurso atropelladas
Van huyendo las playas designales;
Las ondas prodigiosamente hinchadas
Amenazan las luces celestiales,
Y de negro vapor lluvioso velo
A los ojos del mundo niega el cielo.

Las dulces venas de las claras fuentes,
Que bebió en riego escaso el verde prado,
Los peñascos cauces impacientes
Rompen, y el campo borran inundado;
Los viejos ríos, las mojadas frentes
Levantán con horrible ceño airado,
Y las urnas volcando, aun juzgan poca
La vasta plenitud de su ancha boca.

Con impetu ruinoso los torrentes
Disuelven de los montes las raíces,
Envolviendo en sus tímidas crecientes
Los pueblos y los campos infelices;
Con largo miedo suerte igual las gentes
Esperán de la sierra en las cervices,
Mientras admiran su áspero desierto
De nunca vistas naves triste puerto.

Vuelve el pino á sus montes; ya la quilla
Navega el valle en que arrastró primero;
La altura en que anidaba la sencilla
Paloma alberga al tiburón roquero;
Los peces se deslizan en cuadrilla
Sobre la grama en que saltó el cordero;
El risco ya es escollo, y ya á la piedra
Cubren las algas que vistió la hiedra.

El piloto, que al fin de su jornada
Desde téjos descubre el patrio suelo,
La improvisa tormenta viendo armada,
Las faenas duplica y el anhelo;
En tanto de las ondas superada
La patria, pierde el tino y el consuelo;
Fluctúa extraño mar la propia tierra,
Y en sus techos las áncoras aferra.

«Cuál al cercano asilo refugiado,
Torre eminente ocupa ú alta roca,
Y del inmenso piélago cercado,
Greger ve el agua, y ya su muerte toca;
Cuál corre al templo y á los piés postrado
De idolo colosal clemencia invoca;
Urge el peligro, y olvidando el culto,
Sube á los hombros del gigante bulto.»

«Cuál de la erguida palma la accesible
Caña trémulo escala, cuál confia
Del añoso nogal al inmóvil tronco,
Y salvarse en la alta copa fia,
Temiendo solo si al embate horrible
La podrida raíz ceder podría;
Resiste por su mal firme y profunda,
Y el que nadara leño, árbol se inunda.»

El viejo labrador, que vió primero
De la turbia creciente arrebata
Su pingüe siembra, su guardado apero,
Y al fin nadar su choza destrizada,
Próvido al monte huye, y el ligero
Vulgo de su familia la erizada
Altura busca, el hombro trabajado,
De la pobre riqueza mal cargado.

Guía el anciano, y de la tierna planta
Del niño la torpeza reprehende:
Mas que la fuga el riesgo se adelanta;
Ya nadie á conservar su carga atiende;
Ya del misero viejo se quebranta
El ánimo y la fuerza; mas suspende
La reverencia al hijo: huye esperando,
La mano, el brazo, el hombro al padre dando.

Yacen bajo las aguas sepultados
Los altos templos, los palacios reales,
Y los marinos dioses admirados
Registran los ignotos penetrales;
Ya en vez de las espigas coronados,
Ve Cibeles sus frisos de corales,
Y donde tripudiaban las bacantes,
Coros tejen las driades nadantes.

A las escasas cumbres retirados
Se estrechan en el último recinto,
Los que sin elección juntó asombrados
Duro consorcio al ámbito sucinto;
Sin que el pastor los silbe, los ganados
Y las fieras se asocian por instinto
En la cima, que juntos yacer deja
El perro al lobo y al león la oveja.

Crece las ondas, crece la tormenta,
Y compiten la última esperanza
Los hombres y las fieras; ya es sangrienta
Muerte de uno la vida que otro alcanza;
Desalojar al flaco el fuerte intenta;
Sobre el fuerte el ligero se abalanza;
Huye del toro virgen temerosa,
Y otra al cuello indomado ascender osa.

El fino esposo apenas ocupada
La espalda del caballo belicoso,
Los brazos tiende á la que ya inundada
Su nombre clama en hábito amoroso;
La cadera á la esposa destinada
Ocupa al enemigo, y al dudoso
Trance, que de tan rara lucha pende,
Pone funesta paz la onda que asciende.

Sobre la última roca retirada
Amante madre, al tierno infante asida,
La planta de las ondas ya bañada,
Lo levanta á los hombros afligida;
Del miedo y de las olas perturbada
En el piélago cae desvanecida,
Y aun en la ansia letal agonizando,
Va el hijo entre las ondas levantando.

Ya las últimas cumbres inundaban
Las aguas, y al cubrir las el mar fiero,
De miserios nadantes se escuchaban
Los roncós vótos y el clamor postrero;
Con monstruosa expansión se dilataban
Las ondas de su espacio verdadero,
Y cuanto mas extensas, menos graves,
El peso no consenten de las naves.

Del líquido sutil humedecidas
Fluye la tierra sus inuatas sales,
Y en légamo se funden derretidas
Las eminentes cumbres desiguales;
De los vientos las ondas impelidas
Forman corrientes, y ellas los canales;
Y en vehemente y vario movimiento
Muda la forma de la tierra el viento.

Solo en el vasto mar se descollaba
De laureles innumes coronado
El bifronte Parnaso, en que bañaba
Los umbrales del templo venerado
De Témis la onda inquieta, y azotaba
Tan tormentosa el pórtico elevado,
Que al alto friso del sagrado muro
Salpicó de espumoso limo oscuro.

En poca barca prodigiosamente
Del espumoso Ponto sustentada,
Escasa copia sí, pero inocente,
Afligida, mas no contaminada,
Yugo imponía á la soberbia frente
Del mar, freno á la furia desatada
Del viento, aquella de inocencia pura
Celeste inmunidad, salud segura;

Deucalion solo y Pirra por los hados,
Como inocentes raros ejemplares
De virtud incorrupta, preservados
De la culpa y la ruina populares;
Entrambos de los númenes sagrados
Cultores pios, que unos patrios lares,
Un tálamo juntó, y en breve pino
Unió el amor y conservó el destino.

Puerto feliz al leño zozobrado
Si poca tierra da la cima breve
Y mucha duda al ánimo turbado,
Cual débil esperanza elegir debe;
Dichoso el buque sí, pero cascado,
Mal otra vez á tanto mar se atreve;
La cumbre escasa bien se representa
Última en la ruina, mas no exenta.

Ya no hay contra quien armen vengativa
Su ira los cielos; Júpiter serena
El ceño torvo, y la violencia activa
De ondas y vientos aplacar ordena;
El mar, cuya tormenta destructiva
Los montes disolvió, ya de la arena
No sufre el peso, y liquidando el seno
De sus aguas coagula otro terreno.

La vaga nuncia de la etérea Juno
Tiende el gayado manto; el sol renace;
El bramido del abrego importuno
Cesa, y la nube el aquilon deshace;
Sus ruinosos impetus Neptuno
Templa; la tierra entre las ondas nace;
Huye el mar; y ya en pardos horizontes,
La mojada cerviz sacan los montes.

Con mudo horror desde la cumbre yerta
Restituirse el mundo absortos miran,
Y con tierna memoria y vista incierta
La antigua tierra en nueva forma admiran;
Y la llanura en partes descubierta,
Ya las últimas aguas se retiran;
Y las húmedas sierras al sombrío
Valle destilan gota á gota el río.

Llora el orbe desierto el generoso
Nieta de Prometeo, y «oh cuán dura
Vida nos guarda el cielo, clama ansioso,
Sobreviviendo á tanta desventura!
Nosotros solo en cuanto luminoso
Febo descubre, de su lumbré pura
Gozamos noche eterna y mar profundo;
Todas las gentes cubre todo el mundo.

«Sola tú, solo yo, con igual suerte
Vivimos; en los dos la especie humana
Fallece ó se conserva, si la muerte
Fiera nuestro consorcio no profana;
Aun con terror la triste vista advierte,
De nubes una y otra cumbre cana;
Si uno faltase; qué infelizmente
Sería el otro el único viviente!

«Yo, si tú de las ondas sumergida
Fueses, no escuches voz tan ominosa
Los cielos, no quedara con la vida,
Ni rehusara los hados de mi esposa;
Mas tú, si de la barca combatida
Caer me vieses á la mar undosa,
¿Cómo pudieras en tan triste suerte
Salvar tu vida ni sufrir mi muerte?

«Pero esta singular, esta de tantos
Riesgos mortales vida combatida,
Don generoso de los dioses santos,
Rindase á su bondad reconocida;
Sucedala piedad á los espantos,
Y antigua religion la nueva vida
Consagre; sea adoración profunda
El primer culto de la edad segunda.

«Los dioses de los templos profanados
Y de la desolada tierra huyeron;
Los altares dejaron indignados,
Y de los tardos vótos se rieron;
En el etéreo olimpo retirados
Con rostro enjuto el común llanto vieron:
Solo Témis severa en alto templo
Al castigo preside y al ejemplo.

«Mas si es placable la celeste ira,
Víctima ya á su enojo el mundo ha sido;
Ya tanta ruina á la piedad conspira,
Ya tanta pena el crimen ha abolido;
No en vano á su clemencia la fe aspira,
Que entre sus puras leyes ha vivido:
Honremos la deidad, y escuche luego
El justo númen nuestro justo ruego.»

Con medrosa piedad en el limoso
Umbral imprimen la devota planta;
El templo en un silencio pavoroso
Oscuro asombra, é inundado espanta;
Pétido ceno, en vez del religioso
Fuego, cubre profano el ara santa;
Postranse al frío jaspe; y así en tanto,
Con voz tímida alterna ruego y llanto.

«Oh tremendo del mundo criminoso
Imaculado númen, de su ruina
Sola reliquia, y del delito odioso
Inevitable ultriz, Témis divina!
Si en tanto estrago cumplen prodigioso
Su indignacion los cielos, si termina
Su cólera, no sea, cual contemplo,
Venganza estéril tan costoso ejemplo.

«Desolada la tierra, gira en vano
El sol, trayendo al mundo inútil día,
Mientras desierto el orbe del humano
Vulgo, las focas, los delphinés cria;
¿Serán estos del culto soberano
Dignos ministros en su esfera fría?
No os falte; oh dioses! tanto sacrificio;
Porque la virtud viva, nazca el vicio.

«Benignos conservad cuantos ofrece
Héroes grandes, justísimos varones,
La venidera edad, si no perece
La emulada virtud de las naciones;
Aun entre la mas bárbara florece
Rústica religion, y en pobres dones
Honra vuestra clemencia el aldeano,
Como en sus hecatombes el tirano.

¡Ojalá como supo el grande ahuelo
La humana forma al barro primitivo
Dar ingenioso, y usurparle al cielo
Para llama vital su fuego activo,
Pudiera yo, imitando su desvelo,
Dar nueva gente al tiempo sucesivo!
Mas quien puede implorar clemencia, puede
Cuanto el cielo á los ruegos fiel concede.»

Calló, y de horror absorto religioso
El débil eco hasta el silencio escucha;
Alta luz mueve el templo, y el dudoso
Animo entre esperanza y temor lucha;
El duro labio aliento prodigioso
Informa; y suerte pronunciando mucha,
Así predice, articulando el viento
En frase oscura, pero en claro acento.

«Salid, cubrid el rostro, y desceñidos,
Los huesos á la espalda id arrojando
De vuestra madre.» Callan suspendidos
El cruel vaticinio interpretando;
Atónitos vacilan, y alligidos,
Repitiendo tal vez, tal repugnando
Amarga suerte, la que aun no dispensa
Los patrios manes de la impia ofensa.

Rompe el silencio Deucalion: «No yerra
Mi fe, dice; el misterio he descubierto;
Piadosa, no inhumana ley encierra;
Las deidades no engañan, todo es cierto;
Gran madre de los hombres es la tierra,
Huesos las piedras suyos; si el desierto
Mundo poblar el hado así prescribe,
Piadoso y facil modo nos exhibe.»

Flamea, no ruborosa, á la inspirada
Casta propagacion el rostro ceta,
La que del hombro pende desatada
La aun no virginea zona, libre tela;
Forma luego en nupciales imitada
Supersticiosos ritos, que á secuela
Del fausto ejemplo anuncian religiosos,
Copia á la prole, dicha á los esposos.

Con indecisa fe, con titubeante
Mano á la espalda frias piedras tiran,
Y tímida la accion, el paso errante,
La paludosa tierra inciertos giran;
Aun el animo duda repugnante
El prodigio que obran y no miran,
Pero constante su piedad prosigue,
Y el fin, que aun esperar duda, consigue.

FIN DEL DEUCALION.

Vegeta el duro canto, se enterece,
Y tramutado de interior fermento,
De órganos y de humores se enriquece,
Y al vital se prepara movimiento;
Ya de la humana forma haber parece
El primero confuso lineamento,
Cual en dudosas señas de la errante
Luna el orbe figura su semblante.

Abúltanse, y mil términos en vano
El otra vez comun campo produce,
De vario sexo, como lo es la mano,
Cuyo tiro á viviente lo reduce;
En las perfectas formas soberano
Aflato auras vitales introduce;
Mueven, sienten, piensan, hablan, aman,
Y en pueblos por el orbe se derraman.

Las brutas formas, el calor suave,
La templada humedad, la aura fecunda
Imprimen; y la tierra aborta grave
De su primera prole grey segunda;
La fiera montaraz, aérea el ave
De los tímidos céspedes redunda;
Y semiformes los reptiles yacen,
Siendo aun parte del légamo en que nacen.

Desnuda entonces, y jamás vestida
Del antiguo verdor la tierra vuelve,
O por fatal castigo enflaquecida,
O porque el agua su vigor disuelve;
En tener frutos, en escasa vida
Naturaleza su poder resuelve,
Moderando los astros mas propicios
La fuerza en su virtud á nuestros vicios.

¡Oh de pétreo origen prole dura,
Generacion de mármoles helada,
Cuya rebelde rigidez aun dura
En tus feroces pechos propagada!
¡Oh feliz tu primera compostura
De barro humilde y de alta luz formada,
En cuya masa tierna y obediente
Aun fué docilidad el ser viviente!

Pudo de piedra á hombre conducirte
La piedad de los dioses; y pudiera
A tu fria inacción restituirte
Con pena digna su virtud severa;
Solo sus santas leyes reducirte
No pueden de hombre á justo; pues espera
Que quien lo frágil reparando enmienda,
Tambien lo duro quebrantando ofenda.

LA AGRESION BRITÁNICA,

POEMA

POR DON JUAN MARIA MAURI.

CUANDO al volver de las marciales proras,
Que al marítimo inglés opuso España,
Lleva hasta Calpe y las orillas moras
Olas de sangre el mar que á Cádiz baña;
Musa doliente, que el estrago lloras,
Y aspiras á cantar la noble hazaña
Desta bárbara lid, tímido en tanto,
La pérfida ocasion diga tu canto.

A Europa ya asolaba impio Mavorte,
Cuando improvisa ¡astro feliz! del cielo
En medio al coro de su alegre corte
Bajó la Paz en sosegado vuelo;
Y tendiendo del austro al rudo norte
Su manto, cual la noche el vago velo
Que adormece á los miseros mortales,
De Europa un tiempo adormeció los males.

Así rompiendo tempestad fragosa,
Tal vez conturba el celestial palacio
Do Juno ostenta su poder; la diosa
Ordena: al punto en el etéreo espacio
Iris descoge el ceñidor de rosa
Que borda el sol con nácar y topacio,
Y huyen los vientos á sus cuevas hondas,
Reluce el aire, aquíetanse las ondas.

Hendió mas grata luz la niebla triste (1),
Que es de Londres atmósfera, y le debe
Selva y prado su gala, á par que viste
De sombra la razon, la tez de nieve.
Populosa ciudad, entonces viste
Aqui y allí la alborotada plebe
Agitarse y correr, y mano á mano
Al extranjero apellidar hermano.

Tan solo con frenética porfia
En la tribuna ilusos oradores (2)
Insultaban la paz. El Nilo via (3)
Del yermo así los negros moradores
Contra el astro del mundo y dios del día,
Ciegos lanzar sacrilegos clamores;
Y el dios, girando fulgido, torrentes
Verter de lumbre en sus oscuras frentes:

Mas la cándida Paz su risa altera,
Que tímida gozarse apenas osa,
Y entre celajes ocultar quisiera
El dulce brillo de su faz hermosa.
Cual niña, que tal vez por voz grosera
Repelida se aflige y vergonzosa,
Busca el regazo de su madre, adonde
Las delicadas lágrimas esconde.

No mas, diosa gentil, no mas receles
Que se atreva á tu luz cólera necia;
Luego hallarás adoradores fieles.
Glorias de Roma y brillos de la Grecia
Hoy ostentando, un trono de laureles
Te ha preparado la inmortal Lutecia (4):
Ven, y gozosa á tu divina planta
El rayo depondrá que al orbe espanta.

Llega al palacio (5), que precede amena
Simétrica floresta, y salva presto,
Presto la plaza, que aun de sangre llena
Figuro, y despedir ambiente infesto.
De aqui, si á Témis sigue el sesgo Sena,
Otro palacio esquivo ¡oh cuán funesto!
Ya sin igual ruidoso laberinto,
Que es de Europa compendio en su recinto.

Dócil, voluble, intrépido, arrogante,
Uniendo en sí contrarios caracteres,
Al galo ve la Paz á un mismo instante
Cubrir los mares, fatigar á Ceres,
Surcar las auras, ocupar brillante
Foro y sarao, pórtico y talleres,
Que á todas partes con azepto influjo
Espancirán su caprichoso lujo.

Mira al bávaro así, nacion mañosa (6),
Sus mil canales recorrer, y al prado
¡Cuántos bajeles lleva el ancho Mosa!
¡Qué adornos Flora al arenal salado!
Y el habitante en calma igual reposa,
Si bien, mas que su lecho el mar alzado,
Bramando empuje el tenue baliarte
Que al impetu feroz opuso el arte.

Hacia el plácido sur la dulce dea
Ya se vuelve: «¡Humillad la frente adusta,
Gigantes de Pirene! A España vea
Venturosa otra vez, cual noble y justa;
España, á quien la lámpara febea
Jamás niega su luz, señora augusta
De mas reinos que holló con sus falangés
El magno Macedon, deidad del Ganges (7).»

Oriente de tan ínclitos varones
En armas y poder, que á tanta altura
Sublimaron tus bélicos pendones;
Sagrario del honor y fe mas pura;
Por ella, España, en acoger los dones
De la alma Paz no temes, y segura
Luego en tus senos, desatar consistentes
De tu riqueza las opimas fuentes (8).

Aqui su olivo el bético Silvano
Despoja, y Baco sus racimos de oro;
Allí cede la oveja á diestra mano
De su vellon el cándido tesoro;
Mientras purpúreo el insectillo indiano,
Ya del Sidonio murice desdoro,
Los albos copos á teñir se apresta,
Cual púdico rubor frente modesta.

Se apresta el polvo que en pureza tanta
Copia el zafiro del cerúleo cielo,
Y el tinte, cuyo brillo no adelanta
A las mieses dorando el dios de Delo,
Con las fragantes hojas de la planta
Que de nuestra region se veda al suelo,
Y los despojos que falaz amante
Vistió de Europa el robador Tonante.

Mas ¿qué otra planta en vástago lozano
Predilecta del sol, frondosa crece,
Y esclavo della el útil africano,
Tal vez con ayes lánguidos la mece?
Liba la abeja almihares en vano
A cuantas flores primavera ofrece;
Con mas dulzura el tributario arbusto
En nevado panal deleita el gusto.
Deja el rico metal su cuna estrecha
Para bogar por los inmensos mares.
¡Ay! que ya astuta y ávida le acecha
La vil codicia! Altivos insulares,
No os infameis; sin dolo ni sospecha
Juró España la paz; en sus altares
Ardiendo está la antorcha todavia,
De esperanza y contento aurora y guia.
¡Esperanza falaz! ¡Triste contento!
Tal, quien perdido por fragosa sierra
Y en tormentosa noche errando lento,
Oye súbito trueno que le aterra,
Sordo llover y el rebramar del viento,
Ya tiembla que á su pié falte la tierra,
Ya inmóvil imagina el orbe entero
Entregado otra vez al caos primero.
Si en el afan que su valor destruye,
Una próvida luz próxima advierte,
¡Oh cuál su pecho al gozo restituye!
¡Cómo el pavor en júbilo convierte!
¡Dónde vas? ¡Ay de tí! Misero, huye
Esa pérdida luz, astro de muerte,
Que á ser despojo al caminante lleva
De infame banda en espantosa cueva.
Dejando atrás los limites del mundo,
Adonde del Cocito al margen toca,
Voraz, inmenso bátraco profundo,
Que turbias llamas por la vasta boca
Vomita, hirviendo siempre, y ciego inmundado,
En la que mas despunta, á spera roca,
La feroz hija de Pluton y Aleto,
La Discordia, labró su albergue infecto.
Desde él escucha horribonas serpientes (9)
Silbando, aullar los infernales perros,
Y hostigando á las sombras delincuentes,
Mil chasquidos crujir; los triples hierros
Que arrastran, rechinan, y mil dolientes
Gritos henchar sus lóbregos encierros.
Mas no le basta aun; lenta la Parca,
Y ociosa está, á su vez, la estigia barca.
«¿Qué importa, dice, á mi furor tan presto
Romper la paz, y que emulos insanos
Respiren otra vez mi ardor funesto,
Galo y breton? ¿Qué sirve armar sus manos,
Si los sujeta al piélago interpesto
Su encono á desfogar con ecos vanos,
Y en ambas playas, cual de arado inerme,
Sin sangre el hierro está, y el bronce duerme?»
»Mas ¿ya no soy la que en dogal estrecho (10)
Cambio el abrazo fraternal, y torno
En tumba de venganza el casto lecho?
¡Viboras, de mi frente horrible adorno,
¡Bajad, heridme en el fecundo pecho!
¡Brote á raudales, con su hiel en torno,
Nuevas artes de mal que adentro encierra;
Vierta en la paz las furias de la guerra!»
Dice, y veloz alzándose, la pura
Atmósfera del globo senorea;
Mas ya ha depuesto su letal figura,
Torvo mirar y la incendiaria tea;
De la que siempre atesorar procura,
Y mientras mas adquiere, aun mas desea,
De la codicia estéril, anhelante,
El porte adopta y pálido semblante.
Alado cetro, aligero calzado,
En dos alas cinéndose la frente,
Adaptase tambien, cual ve pintado
Su protector (11), la lucrada gente.
Ya azota el aire en vuelo arrebatado,
Y el aire gime al rebatir frecuento;
La mortífera flecha voladora,
Menos rápida así, silba sonora,

Al pié de un monte ameno (12), en verde llano
Que artificioso césped entapiza,
Besando el sollo del poder britano,
El Támesis en calma se desliza;
Su espalda azul, rival del Oceano,
Semeja, tal con mástiles se eriza,
La no remota selva, á quien renombre
Diera el Cantor-Filósofo del hombre.
Ve la náyade allí, cerca del puente (13),
Que dos fangosas márgenes oprime,
Vecino al mar y el último al oriente,
Un monumento de que el sabio gime;
Injurioso padron que al mundo miente,
Y envuelta allá, su cúpula sublime,
Junto al arco central un templo asoma (14),
Emulacion del tutelar de Roma.
Por cima, en pos del insular Senado,
La Discordia solicita con ala
Rápida pasa al pantéon nublado,
Que héroes, sabios y principes iguala,
Aquí del arco de occidente al lado (15),
A su carrera el término señala,
A tiempo que del monte al llano cae
La noche, y dulce calma al hombre trae.
Ya la faccion reinante en Inglaterra
El privado banquete reñia (16)
Do, cantando Evoxé (17), los planes cierra,
En que estragos y lloro al mundo envia.
Entonces encender en nueva guerra
Danubio y Reno, y aun la Neva fria
Meditan, cuando entre ellos de repente
Al fingido Mercurio hallan presente.
«¡Vedme! prorupme: El númen soy que mando
Los hados de la bélica Bretaña,
Y en perenne balanza estoy pesando
Cuanto á sus lucros ó conviene ó daña;
Culpado os he de lentitud: ¿á cuándo
Dilatareis acometer á España,
Que, reina de otro mundo, á Tétis muestra
Fleas, despojo fácil de la vuestra?»
»Ved cuál, amante de la paz, prodiga
Su opulencia, ¿y á quien?... ¡Piérdala presto;
¡Acometed!»— En la regente Liga
Hay quien á la ambicion hermane un resto
De antiguo honor, que á responder le obliga.
«— ¡Perjurarse! ¡ladrid! ¡Nuncio funesto!
¡Ay! que mi patria á perdicion se arroja
Al punto que esas máximas acoja.
»No espere fe quien á la suya falta,
Ni leyes dar quien buella la justicia,
Ni vence aquel que al indefenso asalta,
Ni sirve al pueblo quien sus almas vicia.
Y si es verdad que de Albion el alta
Agigantada mole se desquicia,
Caiga Albion; mas, víctima primero
Que de su iniquidad, del noble acero.»
A tales voces centelleando: «¡Es esta,
Exclama el númen, la nacion que inspiro?
Y terrible, espumante, el cuello enhiesta;
Ruge, y veloz, con invisible tiro
A cada pecho una serpiente asesta,
Que flexible, ondeante, en sesgo giro
Arrastrándose, busca á donde prenda,
Y de oro en sed hidrópica te encienda.»
Su aliento luego, pestilente plaga,
Con las nubes que esparce allí Liéo (19)
Mezclando, á todos la memoria apaga,
Cual entre nieblas del mortal Leteo.
Cual la mente el mirar confuso vaga;
Vibra la Furia el falso caduceo,
Y los sumerge á la región profunda,
Que en rico mineral pródiga abunda.
Si bien Pirene en puntas de diamante
A las etéreas auras se sublima,
Y del golfo Tirreno al mar de Atlante
Los recios brazos tiende y falsa opina;
La esmalta Cérés con pincel brillante,
Mientras marmórea nieve orla su cima,
Y se derrumba en rugidor torrente,
O se liquida saludable fuente;

Si Apenino en su altura excelso niega
Que humano pié sus terminos transite,
Y antes allá se espacia en grata vega,
Que al delicioso Eden quiza compite;
Y humillándose mas, rendido llega
A perderse en la concha de Anfritre,
A un lado envuelto en olas espumosas,
Al otro en frutos y adorantes rosas;
Débil remedo son de la alta, ingente
Sierra adusta y feraz, trono de Pales (20),
Que alzando, en medio al cenador, la frente (21)
Del austro vió los vermos arenales,
Y eslabonando fué la zona ardiente,
Y va á encontrar las osas boreales;
Que tanto en montes se enricos fecundo
El hemisferio occidental del mundo.
Donde, á par de la cumbre áspera, inculca,
Hórrida, veis hermosos bosques frios;
Do los barrancos que el verdor oculta,
Abismos son y piélagos los rios;
Y un monte y otro monte allí sepulta,
En cavernosos concavos umbrios
El rojo mineral y tersa plata,
A los hijos del soldadiva ingrata.
Centros que taladró con hierro duro
Armado el hombre, y portentosos techos
Que encorva audaz, sustentalos seguro,
Firmes columnas levantando á trechos;
Mas, retumbando el subterráneo muro,
Miro, y penásacos estallar deshechos (22),
Y entre sulfúrea nube y parda arena,
Su brillo traslucir la ansiada vena.
«¿Cuál se alhorza al columbrar su brillo
La británica junta alucinada,
Que prestigioso el infernal caudillo
A estas internas bóvedas traslada
«¡Vuelva el fuego á tronar, caiga el martillo,
Suba, y caiga otra vez; la honda quebrada
Hoy ahondese mas; esclavos, ea,
Los hornos irritad, arda la tea!
»¡Arda, y mas oro á descubrir nos lleve!
Dicen, y en pos de resplandor lejano,
Pidiendo van que su mirar se cebe
En pilas de metal; ¡metal tirano!
Si al mundo todo su poder conmueve,
Ved en su cuna ensangrentada mano
Buscarle; entre miseria y llanto nace
Fruto del crimen, criminales hace.»
Ya pisan otros ámbitos; ahora
Es oro cuanto ven; dorados bronceos
Sustentan la áurea cúpula sonora;
De oro las puertas son, de oro los gonces;
La fuente es oro líquido; se dora
El aire con los hálitos; entonces
A fuer de tanta magia, ebrios deliran,
Y oro tan solo y frenesi respiran.
Y á otra señal de la tartárea magar
Ven disiparse bóvedas y muros,
Y de éter bañar la esfera vaga
Naciente aurora con albores puros;
Y un adormido piélago que halaga
Con ala afable el céfiro, y seguros
A la merced de su dominio blando,
Cuatro bájeles plácidos bogando.
«Cargados van del mineral luciente
Que ansiando estáis, y os robarán; las horas
Vuelan; ¡acometed!»— ¡Discordia, tente!
Estas no son las naves robadoras,
Que de Esparta hácia el parco Simoente (25)
Por tí lanzaron las nocturnas prorras,
Robando á Atrida su consorte bella,
Y sus tesoros y el honor con ella.
(24) Cual la diosa, á quien árbitra su mano
Brindó su poma (25) disputada en Ida,
Prendó los ojos al garzon troyano
La Tindárida (26) hermosa agradecida;
Boga con ella seductor y ufano,
Y las sirenas que su voz convida
La claman en dulcísimos cantares
«¡Salve, Cítéres, hija de los mares!»

¡Ay! ¿Qué de sangre á tu cuchilla impura
Prepara, oh diosa atroz! ¿Cuál te recreas
Contemplando esa fácil hermosura
Que en mal hora verán las puertas Sceas! (27);
Castiga, es justo, la traicion perjura (28);
Mas hoy las naves que en dañar te empleas,
Alegres llevan á la patria orilla
Legítima riqueza y fe sencilla.
«Cargadas van del mineral luciente
Que ansiais; acometed!»— En son tremendo
Así concita á la britana gente
Erinnys (29) otra vez; y al fin mordiendo
Al corazon la férvida serpiente,
Que antes les arrojara el monstruo horrendo,
Ciegos, furiosos, abrasados braman,
Y «¡acometer! ¡acometer!» exclaman.
No bien pronuncian el decreto infando
Que repetido, irrevocable cunde,
Y es el estrago irremisible, cuando
De azufre y pez, en torno se difunde
Fétida nube, y bronca á par tronando,
A los abismos la Discordia se hunde
Rauda, que ya feroz contar le tarda
Las infinitas victimas que aguarda.
Prosigue en tanto navegando leda
La pacífica armada, y gratas olas
Pide á la mar propicia le conceda
Hasta avistar las playas españolas;
Cuyas almenas alegrando, pueda
Enarbolar flamantes banderolas,
Y con salva sonante rompa el sueño
De la que espera fiel su ausente dueño.
Así, depuesto el sanguinario brio,
Libre y señor del valle placentero,
Llega y saluda el frecuentado rio,
Alborozado el alazan guerrero (30);
Yeampeando en noble señorio,
Lozano, hermoso, impávido, ligero,
Al aire da las crines vagarosas,
Y amante solicita sus esposas.
Vaga sin recelar que artero lazo
Que el interés en asechanza tiene,
Lanzado á su cerviz por ágil brazo,
A servidumbre indigna le condene;
Próximo así de su llegada el plazo,
Leda la flota navegando viene;
«Mas, ved; ¿son nubes, ó remota sierra?
¡Tierra, tierra, piloto, tierra, tierra!
»¡Albricias! Vengan las votivas copas,
Y el mas puro licor que el cedro encierra;
Al marinero y militantes tropas
Viértase. Aterra-té, náutico, aterra.
Mas... ¿qué otras naves?... Las subidas popas
Manifiestan alcázares de guerra.»
— ¡Sí; y vuelan, llegan, y á cenoros vienen;
Alzan bandera y el cañon previenen.
«Fatídico furor mi pecho inflama;
Musas del Ebro, ¡engrandeced mi canto!
Altivo suba al templo de la Fama,
Baje tambien al reino del Espanto;
De nobles manes la memoria clama
Holocausto mejor que luto y llanto;
Oid do quiera que mi voz alcanza
Lúgubres ecos responder: «¡Venganza!»
«¿Qué aparato agresor? ¿Cuál es tu empresa?
El español prorupme: ¿Acaso pudo
Entré mi patria y la nacion inglesa
Ya disolverse el amistoso nudo?»—
«No: responde el breton, la paz no cesa;
Tal vez de tu Monarca el regio escudo (31)
Nos cubre en Francia; en Londres se descege
Su pabellon; España nos acoge.
»Rindete empero al punto, y nadie intente
Resistir; obedece.»— «Antes abiertos
Los abismos del mar naves y gentes
Hundan; sus héroes destrozados, muertos
En esta inieua guerra Anglia lamente;
Del galo invicto atónitos los puertos
Oigan romper tronante el bronce y trompa;
¡Españoles, en tanto, el vuestro rompa!»

—Indefensos estáis; — lo sé, lo sabe
 Quien al cauto agresor el rumbo traza;
 A vuestro lado á la niñez suave
 Y al dulce sexo débil amenaza;
 Esa misma opulencia en cada nave
 ¡Peso fatal! la abrumba y embaraza,
 No hay esperanza de vencer; mas llenos
 De honor, morir lidiando ansiais al menos.

Id y cerrad, y buque á buque embista;
 Tórnese en rayo el hierro, en furia el arte.
 Mas ¡cielo! ¡Qué espectáculo mi vista
 Hierre con mas horror que el mismo Marte?
 Como ligera revolante arista
 Arde, ó centella rápida que parte,
 Los árboles abrasa, y ve el estrago
 El pastor antes que se oyó el amago;

Ese bajel ¡ay triste! ardió (52); subiendo
 Del agua al aire va la nube lenta,
 De llama y humo en remolino horrendo,
 Con mil vidas cargada: ¡ay Dios! Violenta
 La combustion con espantoso estruendo
 Tronó; sobre su espalda empero ostenta
 Hirviendo el mar errátiles despojos,
 Del humo negros, ó con sangre rojos.

Y una mujer... ¡oh suerte!... Dulces prendas
 De conyugal amor la dió Lucina;
 Tres vírgenes ya tímidas ofrendas
 Que al pudoroso tálamo destina,
 Y un noble jóven las salobres sendas
 Surca, y con ellas y con él camina;
 Y su esposo... ¡infeliz!... Lidiar le cabe,
 Y al hijo, á par del jefe, en otra nave.

¡Quién la escena de horror habrá que cuente,
 Oh misero Alvear! que viste, yerta
 La sangre, cada vérice la frente,
 Que el pelo eriza en crin; cárdena, abierta
 La boca; envueltos como en ascua ardiente
 Los ojos... ¡llanto no!... la vista incierta,
 Anudada la voz en la garganta,
 Trémulo el cuerpo y con inmóvil planta!

Tu matrona animosa, á un leño asida
 Con el siniestro brazo, en él suspende
 Una de aquellas almas desu vida;
 Otra á la blanca túnica se prende,
 Otra, á merced del piélagu mecida,
 A su madre infeliz, lánguida, tiende
 Las inválidas manos... ¡Ven! — Al ruego
 Sordas las ondas, se la ocultan luego...

Mas torna á verse; de hermosura el sello
 Guarda el pálido rostro todavia,
 Y una cinta con ámbares el cuello,
 Dádivas de su hermano en dulce día.

Ya en un vaiven el húmedo cabello
 Su madre pudo asir; la mano fria
 Ya estrecha, ya se juntan; ¡ay! de pronto
 Rómpele el leño y trágalas el Ponto!

Musa, treguas me da! Mi pecho cedo
 Al peso del dolor, ni tú resistes:
 Lánguido alzarse tu pincel no puede,
 Y sofocan mi voz lágrimas tristes.
 Mas tu favor constante me concede;
 Que no se apague el fuego que me distes,
 Y mas que nunca el corazón doliente
 Con santa indignacion hervir le siente.

Llévese el agresor, llévese, guarde
 Los tesoros que ansió con tanto anhelo;
 Llévase en ellos su traicion cobarde,
 El odio y maldicion de tierra y cielo.
 Vaya de su victoria haciendo alarde;
 ¡Victoria infame! que en amargo duelo
 Convertirán con vengadora furia
 Los que lloraron la alevosa injuria.

Si, que implacable genio en vano un día
 ¡Oh de estrago y dolor era reciente!
 Sobre los senos de la patria mia
 Del mal vertió las urnas de repente.
 Llega á saciarse de la Parca impia
 Con tanta mortandad la sed ardiente;
 Mas no las fuentes del valor se agotan,
 Que héroes sin cuento las cenizas brotan.

¡Ay! que los manes su letal reposo
 Rompen; con ayes lastimeros llena,
 Y el aire turba un lívido coloso;
 Quejase herida por el mar la arena;
 Otra lugubre voz del centro undoso
 Trasciende, y en querrela aguda suena;
 Y del viento los ásperos silbidos
 Tambien imitan fúnebres gemidos.

Ecoss son de venganza; á nuevas lides
 Prepárate con noble confianza,
 ¡Oh patria mia, que aun Bazanes, Cides
 Ves, y Pelayos que te dén venganza!
 Y el Dios tal vez, á quien favor le pides,
 Contra la iniquidad sus rayos lanza;
 Él, que del aire y de los orbes dueño,
 Los hace estremecer con solo un ceño.

De esta agresion, ministros inhumanos,
 Temed, temblad el brazo justiciero!
 Temblad con mas razon, viles tiranos,
 Que osasteis concertar crimen tan fiero!
 Ni patria os quedará, ni amor, ni hermanos!
 Eterna execracion del mundo entero,
 Jamás en vida vuestro ansiar sosiegue,
 Y hasta el seno de paz la tierra os niegue!

RELACION

DEL COMBATE DE LAS CUATRO FRAGATAS, EXTRACTADO DEL DIARIO DE NAVEGACION DE DON DIEGO DE ALVEAR, CAPITAN DE NAVÍO, MAYOR GENERAL Y SEGUNDO JEFE DE LA DIVISION.

La division se componia de cuatro fragatas: la *Medea*, la *Fama*, la *Mercedes* y la *Clara*; y venian á las órdenes del jefe de escuadra don José de Bustamante y Guerra, habiendo salido de Montevideo el dia 9 de agosto de 1804 con destino á Cádiz, y tenido una navegacion feliz, si se exceptúa el desarrollo de unas calenturas malignas entre las tripulaciones, que debilitaron mucho á la gente. El dia 5 de octubre dieron vista á las costas de España, esperando entrar á la siguiente mañana en Cádiz; por lo que navegaban tranquilas y gozosas, habiéndose cerciorado repetidas veces, y muy particularmente aquella misma mañana, por un buque dinamarcués, de que la neutralidad de España la conservaba en paz con Francia é Inglaterra.

«La *Clara*, dice Alvear, hizo á este tiempo señal de tres velas al primer cuadrante, que á las ocho se conocieron ser cuatro, que hacian por nosotros; y recelando ser buques de guerra, se puso la señal 246 de zafarrancho de combate, y sucesivamente la de formarse (127) en linea de tal, mura á babor; órden natural que se ejecutó con prontitud, quedando la *Fama* por cabeza de linea ó á vanguardia, la *Medea* y *Mercedes* en el centro y la *Clara* á retaguardia, como estaba ordenado desde nuestra salida de puerto en las tablillas correspondientes. Seguimos en esta disposicion con todo aparejo nuestro rumbo E. N. E. á vista ya de toda la costa del cabo de Santa María, pues á eso de las nueve se demarcó Montefijo al N. E., 5° E.; á cuya hora, ya próximas las embarcaciones, reconocidas ser fragatas de guerra inglesas por su bandera, y de crecido porte, cargamos nuestra insignia y bandera de popa, y se fueron colocando cada una por el través de las nuestras respectivas conforme iban llegando á barlovento. La de nuestro través, que era la principal y la mayor de todas, nos preguntó en inglés por el puerto de nuestra salida y de nuestro destino, y se le respondió en el mismo idioma *que de la América para Cádiz*. Entonces se quedó un poco atrás, por haber cargado su mayor y juanetes; disparó un cañonazo con bala, tal vez para afirmar su bandera ó para que la aguardásemos y hacernos alguna otra pregunta, como lo hicimos, metiendo en facha la sobremesana y cargándola sobre juanetes: ella marcó los suyos y la mayor, y acercándose nos dijo «que iba á enviar su bote con un oficial». Entretanto se puso la señal de estrechar mas las distancias, y seguidamente la 310 de puerto, que repetía la órden de zafarrancho y preparacion al combate. A eso de las nueve llegaría el bote al costado, y subiendo el oficial inglés, dijo en pocas palabras á nuestro general, por medio de intérprete, de parte de su comodoro que «se hallaba con órden de su majestad británica para detener esta division y llevarla á Inglaterra, aunque fuese á costa de un reñido combate, para cuyo solo y único objeto habia venido con aquellas cuatro fragatas de gran fuerza, bien pertrechadas y marineras, tres semanas antes, en relevo de otra division que habia estado con igual encargo... y que por lo tanto, no estando declarada la guerra entre las dos naciones, ni teniendo órden de hacer presas ni detener ningunas otras

embarcaciones, le parecia á su comodoro debiamos evitar la efusion de sangre y dar cumplimiento á la enunciada resolucion de su Soberano, siendo un partido decidido, y de que no podia prescindir.»

«Nuestro General, que sin necesidad de intérprete habia entendido muy bien aquella relacion, y aun habia dicho al inglés en su propio idioma si podrian entrar en algun otro puerto de España que no fuera Cádiz, donde notoriamente se daba por sentado y aseguraban las noticias públicas bloqueaban á varios buques franceses; á que se respondió exclusivamente y ya con cierta aceleracion y desasosiego, diciendo que le llamaban de su fragata: ordenó se reuniese brevemente toda la oficialidad, la cual, á vista de un caso tan extraordinario, é instruida por el mismo General de las órdenes con que se hallaba de su majestad (que Dios guarde) de haber de sostener con honor, en caso de ataque, la gloria de sus armas, pensó si podrian tomarse algunas treguas, examinando el asunto y enviando un oficial á bordo del comodoro. A este punto el inglés, que se habia salido al alcázar, hizo señal á sus buques con un pañuelo blanco, y diciendo al intérprete que volveria por la decision del Consejo ó Junta de guerra, se retiró en su bote. Decididos todos nosotros entre tanto por el partido mas glorioso del combate antes que ir á otros puertos que los de la Peninsula, como lo ordenaba el Rey y exigia el honor de su pabellon, tomó cada cual su puesto, aguardando las resultas, pareciendo increíble llegasen á verificar las vias de hecho con que nos habian amenazado. Mas apenas llegó el bote á su fragata, nos tiró esta un cañonazo con bala, que sirviendo de señal á las otras, la emprendió cada una con la suya, siendo la primera la del costado de la *Mercedes*, que la dió una descarga cerrada de fusilería y artillería, y respondiendo toda nuestra division con una prontitud y oportunidad que no podia aguardarse de tales circunstancias, se hizo en aquel momento el fuego general. Seria esto como á las nueve y cuarto, ó poco mas; y á la media hora de un fuego bien nutrido y sostenido por una y otra parte fué servido el Señor de las victorias conceder á nuestro enemigo una ventaja decisiva, que hasta allí no habia podido conseguir con la gran superioridad de sus fuerzas, afligiéndonos á nosotros con un incidente de los mas desgraciados y tremendos. ¡Saltó la *Mercedes* por los aires con estruendo horrible, cubriéndonos de una espesa lluvia de ruinas y de humo! y doblándonos sin perder instantes la fragata que la batia, acabaron bien pronto entre las dos todos los recursos y medios de defensa.

«La *Fama*, que previó luego nuestra triste situacion y sus inevitables consecuencias, fué forzando de vela, y nadie pudo desaprobarnos su conducta. La *Medea*, metida entre los fuegos de dos fragatas, las mas poderosas, de artillería de á veinte y cuatro y coronadas de cuarenta y dos, servidas con llaves, desarbolada, con sus dos palos de mayor y mesana atravesados, la verga seca hecha trozos, faltos los principales cabos de labor, varios obenques y brandales; sin escota ni estay mayor, braza, driza y escotin de